

EN TIERRA DE MÁRTIRES

Jorge García



La temporada de lluvias tarda en llegar. Las celebraciones de la eucaristía por el buen temporal se multiplican en una vasta zona que visito los días 23, 24, 25 y 26 de junio en mi parroquia de origen de San José de Los Guajes y las parroquias vecinas de Juchitlán y Quila, Jalisco.

Viajo la noche del 22 de junio desde la Ciudad de México hasta Juchitlán donde me esperan Laurita y sus tres pequeñas hijas para llevarme en su camioneta a una capillita cerca del rancho Agua Escondida. Vamos a celebrar la misa para pedir un buen temporal. La sequía no solo está retrasando las siembras, la pequeña presa que se usa para abreviar al ganado y en la que en ratos de ocio los hombres, jóvenes y niños van a pescar, está totalmente seca. Lo mismo sucede con los jagüeyes de los alrededores, hábitat de tortugas, peces, garzas, patos y donde se acercan a beber los ganados y alguno que otro venado o jabalí despistados.

A campo abierto celebramos con varias decenas de personas de Agua Escondida, de Los Guajes y de otras rancherías. La ocasión es buena también para bendecir las semillas de maíz, frijol, cacahuete y calabaza; alguna que otra imagen sagrada y agua, mucha agua.

Luego viene un sencillo y espontáneo intercambio: galletas, agua fresca para todos y dulces para los niños. Todo es compartido en fraternidad y alegría.

Celebrar al Dios que tiene corazón

De ahí partimos en camioneta a Juchitlán para presidir, a mediodía en punto, la «misa mayor» en honor del Sagrado Corazón. Impresiona gratamente ver la iglesia parroquial totalmente llena. Conmueve la devoción y participación activa de la asamblea, que reza y canta con el entusiasmo de los viejos tiempos en un templo lleno de flores y adornos.

La ocasión es más que propicia para hablar sobre los males que afligen a nuestra patria, incluida esta zona en la que son ya muy comunes la delincuencia y los actos de violencia, la desintegración de muchas familias y la confusión de tantos jóvenes. Situación en la que todos deberíamos ser testigos de la misericordia de Dios manifestada en el corazón de Cristo que acoge a todos, especialmente a los más pobres, a los enfermos y a los pecadores. Actitud que los cristianos deberíamos testimoniar a través de esa ternura que, parafraseando a Dostoyevski, salvará al mundo.

Un descansito en casa y de nuevo a Juchitlán para unirme a la procesión que parte de la entrada poniente del pueblo hasta la iglesia. La amenaza

de lluvia no impide que se forme un gran contingente de personas que proceden devotas por la avenida principal. Hay flores, cantos, cohetes, carros alegóricos, varios grupos de danza y gente, mucha gente; unos avanzan en procesión y otros, a lo largo del recorrido, acompañan desde las banquetas el paso de la imagen del Sagrado Corazón.



«La sequía no solo está retrasando las siembras, la pequeña presa que se usa para abreviar al ganado está totalmente seca»

Campos abrasados

La mañana del sábado 24 salgo temprano de la que fuera casa de mis padres. Recorro varios potreros, incluida la parcela de la familia, en las que trabajamos desde muy pequeños en el cultivo de maíz y frijol que solo daba para una economía de subsistencia. Siempre a merced del capricho de la naturaleza y temporadas de lluvia cada vez más irregulares. Todo se mira cenizo y quemado por el sol. El único verde que sobresale son las plantaciones de agave que se van extendiendo como mancha de aceite.

Continúo a pie por el «Callejón» que comunicó por muchos años a Los Guajes con Tecolotlán. Era la ruta de arrieros y otras personas que iban a surtir los productos de primera necesidad al que consideraban el «pueblo» por antonomasia. Actualmente hay una brecha afirmada que permite hacer el mismo recorrido en automóvil o en motocicleta. Mi destino era la visita al panteón. Poco después de entrar al «Callejón», siento que se detiene una cuadrimoto. Es Enrique, un joven del pueblo, que se ofrece a llevarme al cementerio y acompañarme de regreso a visitar al párroco del lugar.

El padre dice que tiene varios compromisos y me pide que vaya a celebrar la misa, también esta vez por el buen temporal, al «Cerrito de las pitayas».

Concluida la misa y antes de compartir la mesa, caminamos por los campos con algunos niños de la familia que quieren mostrarme el jagüey que, según me cuentan, mientras tiene agua suficiente está poblado de peces, tortugas, ranas y es visitado por garzas y algunas aves exóticas. También ahí todo seco. Ni una gota de agua. Para dar de beber al ganado tienen que acarrearla en camionetas de una fuente que está a 6 o 7 kilómetros.

Por la tarde-noche se realiza la entronización de la imagen del Sagrado Corazón y la celebración de

la misa en el rancho donde vive parte de mi familia. La intención es siempre la misma: pedir a Dios que envíe la lluvia.

Paso por alto lo sucedido el domingo en Agua Escondida y en Juchitlán para dar un poco más de espacio a lo que me motivó escribir este relato.

En tierra de mártires

La diócesis de Autlán, Jalisco, fue erigida por el papa Juan XXIII, el 28 de enero de 1961. Una de las características más bellas de esta porción de la Iglesia es que cuenta con tres santos mártires, ahorcados durante la famosa «guerra cristera»: los sacerdotes José María Robles, Jenaro Sánchez y Rodrigo Aguilar.

El lunes 26 de junio visité el santuario dedicado a san José María Robles, muy cerca del pueblo de Quila. Escritor y poeta, también fundó la congregación de las Hermanas de Jesús Sacramentado, religiosas que hasta hoy realizan su apostolado en colegios, hogares de ancianos, hospitales y apoyan la catequesis en algunas de las parroquias donde están presentes. En el momento de su ejecución, el sacerdote era párroco de Tecolotlán.

Para la visita al santuario dedicado a él, con ocasión del 90 aniversario del martirio del padre, nos damos cita con Toño en el pueblo de Tecolotlán. Alrededor de las 10 de la mañana empieza nuestro viaje. En su camioneta vamos él, su hermana Gloria, el señor cura Miguel Castillo y el joven Jairo. Apenas salimos del pueblo empieza la aventura. El camino es una pista de poco más de 20 kilómetros, empedrada en su mayoría. Abundan los baches y el deterioro de ese camino que conduce a una zona turística protegida.

La marcha es lenta porque aparte de lo accidentado del camino hay una fila interminable de coches, camionetas y autobuses que van con el mismo destino. Pocos kilómetros más adelante empieza una subida empinada en la que el paisaje va cambiando de aspecto y tonalidades. No falta el atractivo de dos cascadas, y la vegetación va pasando de los pequeños arbustos típicos de esta zona árida a los robles y un bosque tupido de pinos

que han sido salvados de una deforestación salvaje de otros tiempos.

Relativamente cerca del santuario alcanzamos a un grupo de peregrinos que hacen el recorrido a lomo de caballo. Varios de ellos con el típico atuendo de charro.

Alredor de las once de la mañana llegamos al santuario en donde hay una comunidad de las hermanas fundadas por el santo. Hay gente por todos lados, vehículos estacionados y otros que van llegando poco a poco. Como es común en la mayoría de este tipo de celebraciones hay vendedores de comida, refrescos, jugos, frutas, plantas, objetos religiosos, queso panela típico de la región, elotes, calabazas, chayotes y un sinfín de productos.

En la región hay un dicho muy simpático que dice: «A lo que “venimos”, “venimos”». Así que nuestro pequeño grupo se dirige a cumplir con la devoción de visitar el santuario y detenerse un momento en oración.

Es agradable ir encontrando y saludando a varias personas conocidas de Los Guajes, Juchitlán, Tecolotlán, Tenamaxtlán, Atengo, San Buenaventura... Incluidos algunos sacerdotes amigos compañeros en mis tiempos de estudio en el seminario de la diócesis, que también han venido a concelebrar.

A las 12 del mediodía, en una iglesia llena de peregrinos, da inicio la eucaristía presidida por el cardenal Francisco Robles Ortega, arzobispo de Guadalajara, que es originario de Mascota, pueblo en el que nació san José María Robles. Concelebramos varios sacerdotes de la diócesis de Autlán, de Guadalajara, Ameca, San Martín y uno proveniente de la arquidiócesis de Los Ángeles, California.



El cardenal Francisco Robles Ortega, arzobispo de Guadalajara



«Hay flores, cantos, cohetes, carros alegóricos, varios grupos de danza...»

En su homilía el cardenal hace referencia al sentido del martirio del santo, su carisma como fundador, su trabajo pastoral y su compromiso de servicio a los más pobres, que continúa en el tiempo a través de las religiosas por él fundadas.

Tomando pie de las palabras del papa Francisco que dice y repite que el martirio en la Iglesia no es cosa del pasado. Que en nuestros días hay más mártires que en los primeros tiempos del cristianismo, el arzobispo habla de la necesidad de dar testimonio de fe en estas tierras en momentos difíciles de violencia y muerte.

De la misa a la mesa

Terminada la eucaristía, el cardenal y los concelebrantes son invitados a compartir los alimentos. Los peregrinos por su parte hacen fila en los lugares donde voluntarios ofrecen algo para comer o beber, o se disponen en grupitos para consumir lo que han traído de casa.

Simultáneamente, en un escenario preparado con motivos mexicanos, grupos de niños y jóvenes entretienen a los peregrinos declamando alguna poesía de san José María o ejecutando bailes regionales que ponen alegría y color a esta fiesta de familia.

Alredor de las 4 de la tarde regreso a Tecolotlán. De ahí a Guadalajara y por la noche a la Ciudad de México. Vuelvo renovado. Feliz de haber vivido y compartido la fe sencilla y sólida de pueblos que a pesar de todas las penurias que les toca vivir siguen creyendo en el Dios de la vida. Gente que ama y admira a sus mártires y confía en su intercesión.

P. Jorge GARCÍA, mccj 